Nuestra Señora de la Aparecida (Brasil)

CAPÍTULO XIII

Nuestra Señora la Aparecida (Brasil)

En el extenso estado de San Pablo del Brasil, y no lejos de la villa cabecera del municipio de Guaratinguetá, se encuentra modestísimo santuario, en cuyo altar se venera una imagen de la Inmaculada Concepción, la más renombrada del Brasil, con el título de Nuestra Señora la Aparecida. Debe su nombre al modo singular y algún tanto novelesco como fué hallada.

Conforme un documento que se conserva en el archivo del santuario, escrito antes de 1743 por el que era entonces vicario de la parroquia, don José Alves Villela, el suceso se verificó de este modo.

Allá por los años de 1719, pasando por la villa de Guaratinguetá con rumbo á Minas el gobernador de San Pablo, D. Pedro de Almeida, conde de Asumar, los jefes políticos invitaron á los pescadores á que ofreciesen a representante del rey los más sabrosos peces que sacasen del vecino río Parahyba. Al instante aviaron sus canoas varios pescadores, entre ellos Domingo García, Juan Alves y Felipe Pedroso. Tendieron las redes desde el puerto de José Correia Leite hasta el de Itaguançû; pero con el más desgraciado éxito. Medio desesperado lanzó su red en este último puerto Juan Alves, y sacó el cuerpo mutilado de la santa imagen, y en otro lance sacó la cabeza. Jamás se ha podido averiguar quién arrojó la hermosa efigie al río.

Felices con el hallazgo, envolvieron la imagen en el mejor lienzo que encontraron á la mano, y continuaron su oficio de pesca, obteniendo un resultado tan satisfactorio que casi no podían retirar las redes á la orilla, porque se les rompían con el número de peces cogidos. Esto les obligó á alabar á Dios y á mirar con religioso respeto la efigie de la divina Madre.

Rara coincidencia hizo que la imagen quedase en poder de Felipe Pedroso, el cual la conservó en su casa, prestándole los homenajes de su amor filial, hasta que se la cedió á su hijo Atanasio el día que fijó su domicilio en Itaguançú. Atanasio construyó un sencillo oratorio, y en el altar de madera colocó á la Señora. Los vecinos se reunían allí todos los sábados para rezar el rosario y cantar himnos en alabanza de la Santísima Virgen.

Sucedió en una de estas reuniones que, estando el cielo sereno, se apagaron repentinamente dos cirios que alumbraban á la Virgen; y cuando quisieron encenderlos de nuevo, los cirios se avivaron por sí mismos. Esto contribuyó en alto grado para que la efigie se acreditase de bienhechora y milagrosa y su fama se extendiese á todos los términos del Brasil.

Efectivamente, se realizaron curaciones de enfermedades gravísimas sin aplicación de medicinas, y portentos de diversos géneros, sobre los cuales la autoridad eclesiástica levantó el competente sumario que quedó en estado de pronunciar sentencia.

Arruinado el oratorio, los brasileños erigieron una capilla que bendijo el 26 de Julio de 1745 el P. Villela, con licencia del obispo de Río Janeiro, D. Fray Juan de la Cruz. En la misma fecha, festividad de la gloriosa Santa Ana, se celebró en ella la primera misa.

El templo actual se empezó á construir en 1846; pero dos años más tarde se suspendieron las obras, pudiendo

al cabo inaugurarse el 8 de Diciembre de 1888, gracias á la actividad y celo de D. Joaquín del Monte Carmelo. El altar mayor, en cuyo centro se halla la Virgen Aparecida, fué consagrado por el obispo D. Lino, de santa memoria.

Siendo obispo de San Pablo el actual Arzobispo de Río Janeiro, Dr. D. Joaquín Arcoverde, puso como custodios del santuario á los Padres Redentoristas de San Alfonso de Ligorio. Los hechos se han encargado de justificar la sabia medida adoptada por el benemérito Prelado, pues el culto ha tomado altos vuelos, y los peregrinos no se contentan con postrarse á los piés de la Señora, sino que reciben los santos sacramentos. En el año 1902 se repartieron más de doce mil formas consagradas. Animados los fieles por estos lisonjeros frutos, elevaron preces al Romano Pontífice para obtener la coronación de la imagen.

En efecto, obtenida del Cabildo Vaticano la gracia solicitada, llevóse á cabo la coronación el día 8 de Septiembre de 1904 con grandísima solemnidad. Además de los nueve obispos de la provincia eclesiástica meridional del Brasil, acudieron el Exmo. Sr. Nuncio de su Santidad, los Sres. obispos de Goyaz y Amazonas y un obispo Maronita. Después de la misa pontifical, que celebró el Sr. Nuncio de Su Santidad y en la cual predicó elocuentísimo discurso latino el Sr. Arzobispo de Río Janeiro, Dr. D. Joaquín Arcoverde, coronó solemnemente á Nuestra Señora de la Aparecida el Sr. obispo diocesano, D. José de Camargo Barros. Un entusiasmo indescriptible invadió á los numerosos peregrinos que habían acudido á presenciar tan imponente acto, cuando vieron sobre las sienes de María la riquísima corona. En seguida se cantó el *Te Deum* en acción de gracias. ¡Ojalá que la Virgen Aparecida derrame toda suerte de bendiciones sobre la nación brasileña, para que marche

por las vias de la paz y del verdadero progreso! (1).

La fiesta principal del santuario es el 8 de Diciembre, pues ya hemos indicado que la santa efigie representa la Purísima Concepción de María. Desde el año pasado los hijos de San Alfonso publican una interesante revista titulada *El Santuario de la Aparecida,* destinada á propagar el culto de la Señora.

Hymno de N. S. C. Apparecidà

Côro Salve Oh Mâe! Salve Oh Virgen Santissima!
Do Universo portento e primor;
Mais esplendida gloria que a tua
Tem só Deus do Universo Senhor.

Là no Eden, entre os nimbos funestos,
Que estendera a serpente infernal,
Foste a estrella por Deus promettida,
Foste já de esperança o fanal.

Mysteriosa justiça nos prende,
Só por filhos, á culpa de Adâo;
Mas a lei quebrantada annulou se
Em tua santa e feliz Conceiçâo.

A ineffavel ventura que houveste,
Vindo o Verbo em teu seio incarnar
Irmanou se em grandeza tâo alta
A' profunda humildade sem par.

(1) En el número 38, correspondiente al 18 de Septiembre de 1904, describe hermosamente las fiestas de la coronación de Nuestra Señora de la Aparecida la preciosa Revista *A Ave María*, que dirigen en San Pablo del Brasil los Misioneros Hijos del Corazón de María.

E antevendo o supplicio, os tormentos
Que a teu Filho daria Israel,
Do Presepe ao Calvario, sem treguas,
Foi tua vida um martyrio cruel.

Mas tâo doce mudez complacente
Tributaste ao disposto por Deus,
Que o martyrio doirou-te o diadema
De Senhora e Rainha dos Céos!

Salve! pois, Mae e Virgem sem macula,
Do Universo portento e primor
Mais esplendida gloria que a tua
Tem só Deus do Universo Senhor.

DR. PORFIRIO DE AGUIAR